

RANCHEROS Y SOCIEDADES RANCHERAS

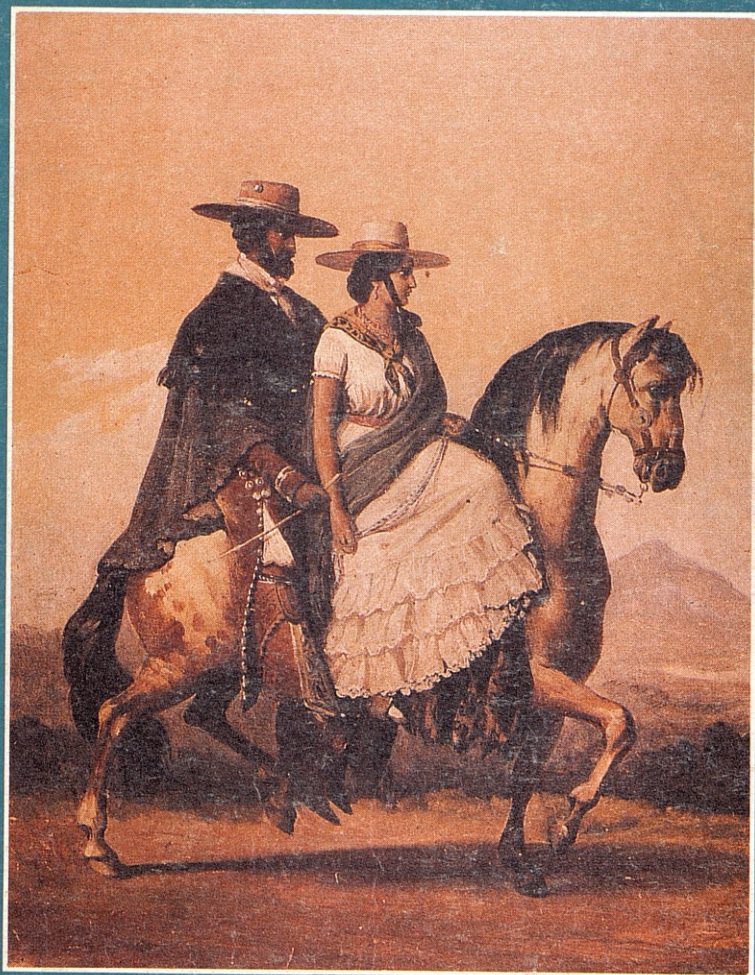
Esteban Barragán López

Odile Hoffmann

Thierry Linck

David Skerritt

COORDINADORES



CEMCA
EL COLEGIO DE MICHOACÁN
ORSTOM

RANCHEROS Y SOCIEDADES RANCHERAS

Esteban Barragán López
Odile Hoffmann
Thierry Linck
David Skerritt
COORDINADORES



El Colegio de Michoacán, A. C.



Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines



Institut Français de Recherche Scientifique
pour le Développement en Coopération

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
PRESENTACIÓN	13
IMÁGENES, PALABRAS Y LUGARES	
La vida ranchera en la literatura, el cine y la historia <i>Luis González y González</i>	23
El vocablo rancho y sus derivados: génesis, evolución y usos <i>Herón Pérez Martínez</i>	33
Los rincones rancheros de México. Cartografía de sociedades relegadas <i>Esteban Barragán López</i> <i>Thierry Linck</i>	57
Identidad en las montañas <i>José Lameiras Olvera</i>	81
Los ranchos de hoy: una visión comparativa <i>Claude Bataillon</i>	99
SOCIABILIDADES RANCHERAS EN CONSTRUCCIÓN	
“Uno es la de todo” <i>Martha Chávez</i>	109

Rancheros en Los Altos de Jalisco en la época colonial <i>Celina Guadalupe Becerra</i>	125
El rancharo, génesis y consolidación <i>David Skerritt</i>	141
Clase y etnicidad entre los rancheros mexicanos del norte de Nuevo México <i>Robert D. Shadow</i> <i>María J. Rodríguez-Shadow</i>	153
Rancheros en Aguascalientes (1920-1930) <i>Edgar Hurtado Hernández</i>	173
DE LA PEQUEÑA A LA GRAN POLÍTICA	
Endogamia en las sociedades rancheras: una opinión médica <i>Guillermo Fernández Ruiz</i>	189
Conformación del poder político de los rancheros en Querétaro (1920-1930) <i>Marta Eugenia García Ugarte</i>	201
Huasteca hidalguense: región ranchera con indígenas <i>Frans Schryer</i>	211
Rancheros y notables en Veracruz: su actuación política en las sociedades locales <i>Odile Hoffmann</i>	219
ABRIENDO NUEVAS FRONTERAS	
Los rancheros del Medio Balsas entre la hacienda y el TLC <i>Eric Léonard</i>	237

Los criadores de becerros frente al mercado de exportación. El caso de los pequeños ganaderos de la sierra sonoreña <i>María del Carmen Hernández Moreno</i> <i>Ernesto Camou Healy</i>	251
Maquila, trabajo femenino y género en Los Altos de Jalisco. Las trabajadoras de Capilla de Guadalupe ante la modernidad <i>Gabriel Orozco Castellanos</i>	273
Rancheros en las ciudades. La organización productiva de los heladeros en Mexxicacán y Tocumbo <i>Martín González de la Vara</i>	287
Los rancheros y la engorda de las tierras flacas <i>Luis Felipe Cabrales Barajas</i>	301
POST DATA... 25 AÑOS DESPUÉS...	
A 25 años del encuentro con “rancheros” <i>David Brading</i>	329

MAPAS

Las principales regiones mencionadas en los artículos	17
El oriente de México, ubicación de los estudios	18
El occidente de México, ubicación de los estudios	19
Densidad de población, 1990	60
Densidad de localidades, 1990	62
Densidad de localidades menores, 1990	65
Un espacio ranchero en Actopan, Veracruz	142
Cuenca media del río Sonora	254
Ubicación de Los Altos de Jalisco	302
Tepatitlán de Morelos. Evolución espacial del tejido urbano	309
Tepatitlán de Morelos. Distribución de la propiedad periurbana	312

FIGURAS

Genealogía 1.1	191
Fig. 1.1 Algunos desórdenes hereditarios de carácter mendeliano que afectan a los adultos	192
Fig. 1.2 Esquema genealógico de transmisión de un desorden autosómico dominante	193
Fig. 1.3 Esquema genealógico de una familia afectada por el síndrome de úlcera péptica	194
Fig. 1.4 Esquema genealógico de transmisión de un desorden autosómico recesivo	195
Fig. 1.5 Esquema genealógico de transmisión de un desorden recesivo ligado al cromosoma "X"	196
Fig. 1.6 Esquema genealógico de transmisión de un desorden dominante ligado al cromosoma "X"	196
Genealogía 1.2	198
Gráfica: Hato y unidades de producción por estratos	259

CUADROS

Estadística de superficies cultivadas, Aguascalientes	174
Hato y unidades de producción por estratos, Sonora	256
Perfil de los inmigrantes rancheros en Tepatitlán	315
Evolución demográfica 1907-1980	325

LA VIDA RANCHERA EN LA LITERATURA, EL CINE Y LA HISTORIA

Luis González y González
El Colegio de Michoacán

PARA COMENZAR

Es francamente digno de todo elogio la sabia convivencia que inauguramos aquí y ahora los simpatizantes de la vida gaucha, digo ranchera, del México múltiple: Esteban Barragán, Odile Hoffmann, Thierry Linck, David Skerritt, o si se quiere, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México, CIDE-ORSTOM y la Universidad Veracruzana, merecen un sonoro ¡bravo!, por poner en escena este simposio internacional sobre Rancheros y Sociedades Rancheras que, sin duda, es el de arranque de una serie que puede ser tan exitosa como las películas de charros lo fueron a mitad de siglo.

Hasta ahora la gente de rancho ha sido objeto de las burlas de los catrines de ciudad, tema de algunos novelones, causa de regocijo de los aficionados a las películas de charros y asunto exótico de los científicos sociales. Quizá a partir de ahora la rancherología empiece a ser tomada en serio; se convierta en asunto interesante para los estudiosos de la rusticidad mexicana. Sin perjuicio de los estudios sobre las comunidades indígenas, sobre el pleito entre los hacendados ausentistas y de mal corazón y los humildes trabajadores agrícolas y sobre los ejidatarios nacidos de la reforma agraria, se espera el despegue de las investigaciones acerca de los rancheros, ahora convertidos en malos por la policía judicial y el grueso de los antropólogos.

Como quiera, no se parte de la nada. El Colegio de Michoacán ha organizado dos coloquios en los que se debatió, entre otros, el tema del rancho y los rancheros. En el que se llamó *Después de los latifundios*,

varios congresistas se refirieron al surgimiento de la pequeña propiedad, y por ende, al surgimiento del rancherismo. François Chevalier habló, en forma magistral, “acerca de los orígenes de la pequeña propiedad en el occidente de México”. Jan Bazant, con mucho conocimiento de causa, expuso “la división de las grandes propiedades rurales mexicanas en el siglo XIX”, y del caso especial del “fraccionamiento de las tierras” de Felipe Barragán en el oriente de San Luis Potosí, disertó Enrique Márquez. Este tímido acercamiento al rancho y sus habitantes se produjo, en medio de fuertes tormentas, en agosto de 1981. Lo coordinó Heriberto Moreno. El segundo coloquio de tema rústico, bajo la coordinación de Jorge Zepeda, tuvo lugar seis años después, con el nombre de *Las sociedades rurales, hoy*. En ese coloquio participaron dos centenares de concedores de la heterogeneidad del campesinado de México. Allí se habló de dimes y diretes entre el gobierno y los campesinos, de las alternativas de sobrevivencia rústica, de la organización de productores rurales, del protagonismo en el campo y de su porvenir próximo. Edmundo Flores y otros ponentes le auguraron a campesinos y rancheros el peor de los futuros.

En 1990, en Guadalajara, Ricardo Avila Palafox y Carlos Martínez Assad, en homenaje a François Chevalier, pusieron en escena aquel seminario internacional sobre *Las formas y las políticas del dominio agrario*. Allí, entre otros muchos, María Eugenia García Ugarte expuso “la transición de hacendados a rancheros”; David Brading dijo cosas muy lindas del “ranchero mexicano” y yo hice un esbozo “del hombre a caballo y la cultura ranchera”. Aparte de los dos de Zamora y el de Guadalajara sólo sé de otro acercamiento al asunto, el que ahora inauguramos.

LA LITERATURA DE ASUNTO RANCHERO

Las aventuras de nuestros hombres de rancho no constan en ningún poema tan célebre como el *Martín Fierro*, de José Hernández. Somos ricos en poesía bucólica, indigenista y de asunto campesino, pero muy pocos en poetas que exalten las hombradas de los rancheros, a menos que se incluyan en la jurisdicción de la poesía algunas canciones de Jorge

Negrete o de Pedro Infante, o algunas coplas viejas como la que dice: “La vaca era colorada/y el becerrito era moro/y el vaquero maliciaba/que era hijo de otro toro”. Desde luego sí deben figurar en el breve repertorio de poesía ranchera los versos acerca del *Capadero de la hacienda de Ayala* y la *Breve relación de los hechos más públicos y memorables*, de El Chamberín, el noble caballo de Luis G. Inclán, escritas por éste en décimas que González Peña califica de “abominables” y de las que Novo dice “que no lo son mucho más [...] que los versos de *Martín Fierro*”. Ojalá que alguien se interese en la recopilación y el estudio de la poesía inspirada en la vida bronca y romántica de los rancheros.

Ya existen buenos trabajos sobre las novelas de asunto ranchero. Novo, entre otros, ha escrito ampliamente acerca de *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja o Los charros contrabandistas*, la primera novela donde se perfila el ranchero ideal, hogareño hasta las cachas, que se conforma con poco, siempre que ese poco sea suyo y pueda disfrutarlo en libertad. El héroe de *Astucia* dice: “Muy bien conozco que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: La servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre [...] Nunca olvido los consejos de mi maestro, que entre otras cosas me decía que ‘servir es ser vil’”.

Las novelas de José López Portillo, especialmente *La parcela*, son cuadro del México rural durante la dictadura de Díaz. A los críticos les parece mal la vida feliz de amos generosos y campesinos y rancheros pobres, pero estables, en los que se hacían una la ética del cristianismo y la tradición hispánica. Tampoco les gusta lo relamido de la prosa.

La llamada novela de la Revolución se extasió en la vida militar y otros acontecimientos de la turbulencia revolucionaria así como en la pintura de paisajes y el retrato de patronos de horca y cuchillo y de peones anhelantes de tierra y libertad. Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y Rafael F. Muñoz escriben excelentes crónicas revolucionarias. Gregorio López y Fuentes, José Rubén Romero y Mauricio Magdaleno narran tragedias sociales. Agustín Yáñez con *Al filo del agua* inicia una manera diferente de ver el mundo rústico y pueblerino. Ninguno de los mentados hace novela de asunto ranchero, aunque en todos se vislumbra la vida a caballo y la cultura ranchera.

Después de la matanza de Tlatelolco en 1968 los novelistas le dan la espalda a la Revolución y al campo. El asunto de moda se vuelve la ciudad ojerosa y pintada. Brushwood, que ha leído como nadie novelas mexicanas, dice: “una característica de la novela reciente es el énfasis de la vida urbana, no en contraste con la provincia, sino como centro del universo”.

Pocas veces la novela, y menos en el último medio siglo se ha preocupado en la vida ranchera. La excepción es extraordinariamente notable. En 1953 se publicó *El llano en llamas*, de Juan Rulfo, el estupendo racimo de narraciones rancheras. Dos años después apareció *Pedro Páramo*, donde se evocan personajes, actitudes y creencias del rancherismo profundo. El superficial lo ha tratado, en forma desmesurada, la industria filmica.

EL CINE CHARRO

Se ha vuelto lugar común la afirmación de que *Allá en el rancho grande* fue el primer éxito comercial del cine sonoro de México. Según Aurelio de los Reyes, esa película fue la suma y síntesis del sainete, la revista musical, la zarzuela, el teatro de variedades, la parodia costumbrista centrada en la vida ranchera. “Creemos que una de sus fuentes es [...] *Astucia* de Inclán [...] La jerarquía social de la comunidad de Rancho Grande tiene una similitud extraordinaria con la descrita “por el autor de *Astucia*”. “Por su éxito económico y artístico en México y latinoamérica, *Allá en el Rancho Grande* fue el inicio de una larguísima serie de películas similares que en rigor eran una crítica” al agrarismo del general Lázaro Cárdenas. Los públicos del orbe español vieron en ese filme la defensa de algunas tradiciones muy queridas; entre ellas, la consolidada por el modo de vida ranchero. Entre el autor del argumento, Antonio Guzmán Aguilera, Guz Aguila, y Fernando de Fuentes, el buen director de *Allá en el Rancho Grande*, lograron lo nunca visto: conseguir el estrellato para los protagonistas del filme (Tito Guizar y Esther Fernández); hacer indispensables los hombres a caballo, los gorros tapapueblos y el traje de china poblana en toda comedia exaltadora de los valores patrios

y, en definitiva, declarar a la vida ranchera el símbolo mayor de la nacionalidad mexicana.

Numerosos charros cantores, a partir de 1936, dieron en parodiar la vida del hombre a caballo, en hacer caricaturas de la arrogancia ranchera, en decir con canciones: “Tres vicios tengo y los tengo muy arraigados: el ser borracho, jugador y enamorado”. Exaltaron hasta las nubes el machismo y la condición sumisa de la mujer: “Las mujeres han de ser como todas las potrancas, que se crían y se amansan con su dueño y no saben llevar jinete en ancas”. Las muchas películas de asunto ranchero pocas veces agregaron otras conductas propias de la población dispersa de pequeños propietarios, criollos y mestizos, pastores de vacas y jinetes de cuacos piafantes. Casi todas ellas repiten las mismas notas y son de una cursilería que acabó por empalagar a los más resistentes a la glucosa.

Se ha dicho que el canto del cisne de las películas rancheras, fue *El gallo de oro*, dirigida por Roberto Gavaldón en 1964, y actuada por López Tarso y Lucha Villa. Según el crítico de cine Francisco Sánchez, “es una película redonda, bordada en los prestigios casi mitológicos del género, remarcados los gestos y los acentos, y donde lo que en cientos de películas fue cartón y oropel alcanza el pulimiento del diamante. Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y el propio cineasta lograron llevar a una feliz concisión cinematográfica un argumento de Juan Rulfo, eliminando apéndices de nunca acabar; con todo, no gustó la película en su fecha de estreno. Ya nadie quería saber nada de rancheros falsificados. Ya se empezaba a suspirar por el cine europeo con abundantes deportes de alcoba, y por el cine de Hollywood lleno de violencias mecánicas. Las películas de charros sólo dieron en producir risas. Sin embargo, se hacen todavía, para dar a conocer las voces de Antonio Aguilar y de Vicente Fernández.

LA SOCIEDAD RANCHERA EN LIBROS DE HISTORIA

Mientras el tema de charros dejaba de ser taquillero, se inició, con gran timidez, el estudio de un género de vida que cargaba el sambenito de ser reaccionario, de ser el fruto ocasional de la malevolencia española que, como es bien sabido, mezcló sangres; trajo el caballo, la mula y el burro y

dejó sin quehacer al tameme; deshizo las prácticas de un culto religioso inclusivo e instauró formas religiosas exclusivas y fanáticas.

Quizá el primero que vio la importancia de estudiar el modo de vida ranchero fue François Chevalier, el ilustre autor de *La formación de los latifundios en México*. El ha venido insistiendo desde los años cuarenta que desde el siglo XVIII

aparece en todos los censos un gran número de ranchos [...] En su mayor parte, estos ranchos siguen dependiendo de las haciendas [...] Esta población de ranche-ros crece de una forma rápida, según los lugares, durante el curso del siglo XIX. Se expande principalmente desde los Altos de Jalisco [...] hacia las tierras pobres, vacías, mal defendidas y menos pobladas del sur, del oeste y, quizá también del norte y noroeste.

Indudablemente han ido en aumento los estudios de desintegración de haciendas que dieron lugar al rancherismo. No por ser obra de su servidor voy a dejar de aludir al proceso de rancherización que expongo en la primera parte de *Pueblo en vilo*, que se ocupa de una comunidad de ranche-ros a la que últimamente le ha dado por asumir formas urbanas de vida. Quizá no abunden los estudios extensos sobre la fragmentización de las haciendas y el surgimiento de las formaciones productivas llamadas ranchos y de esos actores sociales que se denominan ranche-ros. Con todo, hay breves análisis que han sido ponencias en simposios como éste y un sesudo libro de Frans J. Schryer.

El investigador de la Universidad de Güelph, Canadá, ha hecho una pesquisa a fondo de los ranche-ros de la Sierra de Jacala, de un grupo surgido a mediados del siglo XIX al que no duda en llamar burguesía campesina y en los que ve una fuerza política de fuste durante y después de la Revolución. *Una burguesía campesina en la Revolución Mexicana. Los ranche-ros de Pisaflores* es un excelente análisis de uno de los tipos de la vida ranchera.

Otro estudio de caso del segmento socio cultural menos visto por historiadores y antropólogos es el que le ha dado carta de naturalización en el humanismo mexicano a Esteban Barragán. *Más allá de los caminos* retrata fielmente a otra especie de ranche-ros que viven entre las arrugas del eje volcánico, aquí cerquita, un poco más allá de este Bajío Zamorano, por Cotija y Santa Inés, en el Potrero de Herrera.

El fenómeno de la ganaderización, como le llama Jorge Zepeda con un término poco común de su buena pluma, ha sido oportuno y convenientemente trabajado recientemente por Carlos Schiavo, Gerardo Cruz, Michel Chauvet, Nicolás Reig, Mechthild Rutsch, Rosario Pérez Espejo, Luis Fernández, Gerardo Sánchez y Jean-Pierre Baisné. Este último, al que conozco bien porque se ocupa de mi terruño, es autor de *De vacas y rancheros*, un cuidadoso libro sobre la evolución del sistema agrario y el desarrollo de las actividades agroalimentarias en el territorio de San José, el agraciado terruño de rancheros del occidente de Michoacán.

También se centran en el aspecto económico las investigaciones de Hubert Cochet, Eric Leonard y Jean Damian de Surgy, relativas a *Paisajes agrarios de Michoacán*, a cinco regiones de la heterogénea geografía michoacana. A los cinco estudios los unifica la lucha dramática de rancheros contra campesinos. Mientras en el cine los galanes son los hombres de a caballo y pantalón ceñido, en esta obra la bondad recae en el oscuro campesinado y la villanía en los rancheros bigotones, a la sombra descoloridos y al sol de piel quemada, rara vez bronceada.

Para concluir con los estudiosos de la vida económica y social de los rancheros quiero referirme al sobresaliente estudio de Patricia Arias, recién publicado con el sugestivo nombre de *Nueva rusticidad mexicana*. Su autora, cuando aún era miembro distinguido de El Colegio de Michoacán, se propuso inquirir sobre el paso de los pueblos del rincón de la vida ranchera a la vida urbana, de los quehaceres agropecuarios a la manufactura de zapatos y sombreros. El fruto de su investigación ha sido objeto de varias presentaciones, ninguna tan exitosa como la que tuvo lugar en la plaza pública de San Francisco del Rincón. La gente aludida en el libro se puso de plácemes. La autora fue agasajada por los personajes supervivientes de su texto etnohistórico.

LA CULTURA RANCHERA VISTA POR LOS CURIOSOS

Entre los productos culturales que se atribuyen a la sociedad ranchera, dos han merecido la atención de toda clase de curiosos: la charrería y el mariachi. De los orígenes, las mudanzas y las notas características del charro han escrito algunos jinetes ilustres, no pocos periodistas y quizá

algún científico social. La obra clásica del tema es la de don Carlos Rincón Gallardo, más conocido por los nombres de Marqués de Guadalupe y Duque de Regla. Como fue secretario de Agricultura de un gobierno de mala reputación, nadie alude a su labor política ni a su grado y proezas como general del ejército. Se habla de él por sus actuaciones en el Jockey y el Polo Club y en los lienzos de la charrería. Como quiera, la gloria postmortem la debe a los libros que publicó en la primera mitad de esta centuria: *Diccionario ecuestre*, *El charro mexicano*, *Manganas y piales* y algún otro.

Don Alfredo B. Cuéllar, charro como el marqués, duque, ministro y general Rincón, publicó, allá por 1928, su libro de *Charrerías* que no conozco, pero que juzgo superado por alguien que si no es oriundo de Zamora lleva el mismo nombre de un zamorano ilustre que está lejos de ser profeta en su terruño. Este José Alvarez del Villar publicó en 1941 una *Historia de la charrería*, y en 1968, los *Orígenes del charro mexicano*. En sus dos notables libros declara el parentesco entre la charrería y la sociedad ranchera mexicana.

Por otra parte, la jineta de origen ranchero; el lazo, la cola y el jineteo de caballos y reses; las artes ecuestres mexicanas que tomaron por nombre el término p'urhépecha de Jaripeo ha sido tema de obras humorísticas. Entre otros, cabe citar el *Anecdotario charro* de don Leovigildo Islas Escárcega que se anuncia como compilación de "cincuenta episodios humorísticos de la vida del campo y de la ciudad". El nombre de don Leovigildo también figura como coautor del *Diccionario y refranero charro*.

Otras noticias acerca de la charrería se pueden encontrar en el número 26 de la revista *Artes de México*, en las obras relativas a *Fiestas y costumbres mexicanas* que no sólo en la de Higinio Vázquez que acabo de citar, en *Tradiciones mexicanas* de Sebastián Verti y en las guías de viajeros de que se sirven los turistas que deambulan en un país otrora de hombres a caballo y cultura ranchera.

Por lo que mira al mariachi, el grupo musical que se asocia tanto al estilo ranchero como al alma de la nación, ha suscitado el interés de numerosos autores. Como la mayoría de los mariachólogos ejerce sin título, rara vez atraen la atención de los académicos. Con todo, algunos

estudiosos de fuste, como los colmichianos Jean Meyer y Arturo Chamorro, se han entrometido en la discusión de si el mariachi tuvo su origen en la Nueva España o en el México independiente, de si usa nombre francés, castellano o p'urhépecha, de si desciende de la música prehispánica que se producía con tambores, sonajas y pitos, o de la hispánica que sale de guitarrones, violines y arpas.

También se ligan al México ranchero el jarabe tapatío, los trajes de charros y chinas poblanas, el deporte de la charrería y el consumo de aguardiente de mezcal que con el nombre de "tequila" ha inspirado canciones rancheras y algunos libros como el de José María Muriá (*El tequila. Boceto histórico de una industria*) y el de Rogelio Luna, un egresado de este Colegio de Michoacán.

PARA CONCLUIR

La vida ranchera, en su aurora y en su ocaso, en el aspecto económico y en el cultural, en sus relaciones privadas y en sus incursiones públicas atrae crecientemente la atención de economistas, antropólogos, historiadores y toda laya de científicos sociales. El asunto, por variado y casi virgen, se presta para la hechura de muchas obras interesantes. Quizá pronto se pueda decir de la familia ranchera lo que ahora se dice de la indígena. Con cierta exageración se asegura que un hogar indio de México consta de un par de padres, numerosos hijos y el investigador social.

Prueba de la vitalidad creciente del asunto ranchero es este simposio internacional donde vamos a oír a treinta y tres científicos sociales de sólida reputación disertar sobre rancheros y sociedades rancheras, durante tres días, a razón de treinta minutos por ponente. Un poco más de la mitad son mexicanos aunque con fuertes proclividades francesas. Una cuarta parte la forman franceses y otra mexicanistas de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá. Tan diversa como la oriundez de los participantes es la profesión que manejan. Aquí se dan cita geógrafos, historiadores, economistas, lingüistas, demógrafos, ingenieros y científicos del campo. La gran mayoría viene con mensajes novedosos. En fin, no les quitaré más tiempo con la nómina de autores y temas que ustedes podrán leer en el índice de este libro.